

Señor Pedro Prado.

1  
3A

Santiago

Domingo 5 de Enero de 1913

Mi estimado amigo, creí no volver a escribirle desde aquí y poriblemente usted cree ya igual cosa, dado el tiempo que he demorado en contestar su último carta. Pero no: tiene usted que soportar la falta de algunas carillas que me propongo llevar a su intención.

No le escribiré antes porque no tiene tranquilidad para hacerlo. Comenzada quedo una carta desde el jueves y ahora a cables de romperla, porque no correspondía al tono interior en que estoy, que es tranquilo, sereno, como esta tarde de día domingo en esta ciudad apacible.

¿Me ve usted? Solo estoy en mi pieza, ante mi mesa que una mano cariñosa adornó con un ramo de madreselvas, faros y neredas. En una mano el cigarrillo humeante y en la otra la pluma. A veces echo una mirada al patio, ya sin sol, atraído por el rápido ruido de unos pasos livianos o por el reumorse de las plantas, que el viento de la tarde sacude. Y al mirar hacia afuera veo la muralla gris y sobre la muralla un trozo de arquitectura sombreado por el sol pauciente y luego un cuadrado de cielo casi blanco rayado diagonalmente por dos alambres telefónicos.

Requisito de la  
Comunicación  
vigilante

38

distantes

Y mientras escribo oigo voces de niños, que pa-  
recen caer por sobre la muralla gris y de tan-  
de en tarde el rumor de un coche. Nada mas  
que estos ruidos en una inmensidad de silencio.

Me creerá usted si le digo que mi mayor  
deseo era llegar a Santiago antes del 1º de  
Enero, para recibir el nuevo año en compañía  
de mi mujer y de mi hija; y habrá de creer-  
me también que este deseo hubo de ponerse en  
lucha con otro que hicieron nacer en mí los  
ojos llorosos de mi prima Marta el día antes  
de aquel en que debía embarcarme. Deseo de  
irme, deseo de quedarme, un conflicto interior  
espantoso, una resolución poco resuelta, un  
pesar al acordarme de los viejos y una dulzura  
al ver sonreír a mi prima. Algo terrible y  
delicioso.

Jueves 9 - Recuerdo que cuando llevaba  
escrito lo anterior llegó a mi piega Marta,  
en traje de paseo, con un sombrero enorme,  
a decirme que la acompañara a dar una  
vuelta por la plaza, que está aquí, en la  
puerta. Guardé, pues, estas cavillas con el  
propósito de continuar escribiéndole a  
unas tardar el lunes, y ya ve usted: hoy  
es jueves... Mañana de día jueves, clara,  
fresca, cielo azul y patio con mucho sol.  
(Ríe el sol, como diría el inter-  
"zig-zag"). Acabo de  
gracia de ano-  
plaza

puede que en usted esas jornadas y pienso que  
 ha de ser para algo bueno. ¡Qué agradable es  
 tener confianza en alguien! Si es amigo, como  
 usted, ¡qué descanso! Y si es amiga, como...  
 X - letra que puede servir de nombre a todas  
 las mujeres - ¡qué delicia! La verdad que pa-  
 ra mí, a lo menos, nada hay tan recatado  
 como abandonarse, como entregarse. ¡Si yo  
 hubiera sido mujer! La sociedad ideal <sup>sería</sup>  
 en mi concepto aquella en que una mujer  
 manejara la voluntad y me dejara a mí en-  
 tenderme con los sentimientos, cosa, por lo de-  
 más, tan sencilla de entender... Que ella  
quisiera y yo sintiera. Yo le diría: haz lo  
 que quieras de mí y de todo. Y yo sería fe-  
 liz. - Me asaltan dudas, dice ceburg, de  
 que ella lo fuera. —

Creo como usted en lo que se refiere  
 a nuestra amistad. Yo, como buen primari-  
 tivo, no entro en análisis ni en sutilezas:  
siento que soy su amigo. Pero no tolero  
 los distinguos que Ud. hace respecto a nues-  
 tro respectivo valer literario y otros esteros.  
 De todo corazón se lo digo: quisiera yo es-  
 cribir como usted escribe y, lo que im-  
 porta más, quisiera yo que mi espíritu  
 tuviera la armoniosa construcción del suyo,  
 que, aunque la suena a chiste, me hace  
 el efecto de una noble arquitectura, por  
 lo equilibrado, lo justo, lo sereno y lo com-

pleto. Si comparo su espíritu con el mío, advierto que en el suyo el recto está contenido por el pensar como ese macetero contiene las raíces de la rosa <sup>aquella</sup> y no las deja esparcirse por el suelo. ~~El~~ Mi macetero no es tal, querido Pedro; apenas si se trata de un tiesto desfondado, bajo el cual las raíces salen a pares y, en cambio de la libertad sembrada, reciben pistones y magulladuras. —

¿Nuestro viaje a las tierras magallánicas? Mi mayor deseo es que lo hagamos. He visto en los diarios que irá a Punta Arenas una comisión parlamentaria en un buque de guerra. ¿Se podría ir de guerra también? ¿Sería difícil conseguirse la representación de algún diario? Creo que vale la pena de considerar esto. —

Hace dos días fui a Coquimbo. El gobierno de los marítimos nos proporcionó un bote. Remamos con Marta en la mar. Fue una tarde muy linda. Había algunos veleros en la bahía. Barcas todas blancas, doradas por el sol, de complicada arboladura, y en ellas hombres colorados y rubios, colgados de las vergas o de los costados, ocupados en repintar el barco. Vimos una gaviota parada en la alta punta de un mástil y de tanto mirarla nos dolió la nuca. — Marta tiene cuatro bucarcos en la mano derecha, los puertos en cuadrilátero. Forcé con ellos una cruz, poniendo sus labios al centro. — Creo embarcaremos el domingo en el "Orcuña". Creo... Es inútil asegurar nada. — El que dijo en "El Diario Ilustrado" que la Casa Alba donada es el mejor libro del año 12, sabe lo que se dice. Debe de ser Misael Correa. Hasta luego, M. Magallanes